

Sebastián, el hombre feliz

Versión 2

Parecía una conversación amable de pareja, pero Sebastián sabía que había mucho ceno detrás. ¡Cuánto había discutido con ella por estas clases! ¡Y el precio que tendría que pagar! Sabía muy bien que ni después, ni mañana, podría dedicarse a esa historia que entregaría tarde, en horas robadas a la siesta. Parecía que Octàvia había esperado a su jubilación para reclamarle el aburrimiento acumulado en años, desde que se fueron los hijos de casa. Sin aficiones, sin inquietudes, no esperaba más que él fuera todo para ella. Precisamente él, que había deseado intensamente la jubilación para hacer todo lo que el tiempo no le había permitido. No pasaba día sin charlar con su padre y algún amigo, a lo que Octàvia no le quería acompañar. Sus partidos de golf, desde que les prohibieron el tenis por su edad, les daban a él y a sus amigos la intensidad vital que había perdido el sexo hace ya tiempo. Octàvia no había querido ni formar parte del club. El cine, las clases de guión, nada hacía brillar en ella una chispa de emoción. ¿Qué quería? Que se sentara junto a ella a ver pasar la vida que les queda. Ni hablar. Con el dulce sabor que acompaña el hacer lo que uno quiere.

Le había ido bien la vida. Tenía todo lo que quería. Una torre con piscina, dinero suficiente para vivir bien, buenos amigos. Había empezado las clases que ponían a su alcance el sueño más codiciado: el de hacer películas. Si hubiera nacido en otra época, habría sido director de cine. Pero entonces uno tenía que escoger aquello que le permitiera ganarse bien la vida. Había que crear una familia, tener una buena casa, pagar unos estudios a los hijos, asegurarse la vejez. Los sueños eran para los hijos de papá, que podían dárselas de contraculturales mientras recibían puntualmente su asignación en Formentera por no aparecer por casa con sus piojos y su música infernal.

Su amigo Joaquín, por ejemplo. Trabajando fines de semana y vacaciones para disfrutar de la vida él y su mujer en su jubilación, que además fue anticipada. Al cabo de seis meses estaba muerto, y su mujer tardó poco en tirarse del balcón. Fontana aguantaba mecha desde hacía dos años, corroído por el cáncer, sonriendo cuando podía por el solo hecho de ir a visitarlo. Y los que ya no estaban. Juntos habían tenido el sueño de irse a vivir a una comunidad asistida por médicos, verde, floreada, con zonas comunes y piso propio para ocultar a ratos sus miserias. Pero Jacinto había sido el visionario. Ni hablar de vivir juntos y ver cómo iban desapareciendo uno a uno. Mejor enterarse de su muerte por las esquelas, llorar juntos en el cementerio, y luego cada uno a su casa a continuar con su vida, como si la muerte fuera siempre ajena.